

# Editorial

## *Sapere aude!*

*Sapere aude!* La vorágine del devenir y el ritmo vertiginoso de la cotidianidad actual, se constituyen elementos adversos a la hora de ejercitar nuestra razón e, incluso, a la postre, la propia libertad, pudiendo llegar a ser complicado encontrar, en medio de tal «actividad», un momento para el ejercicio personal autónomo, incluso para aquellos que dedican el grueso de su tiempo al conocimiento, privándolos de una reflexibilidad necesaria.

Estos que parecen ser rasgos característicos de nuestro tiempo, junto con muchos otros, posibilitan el que, a fin de cuentas, recaigamos en el mismo tópico de aspiraciones en que, desde tiempos pretéritos, se ve inmerso el ser humano, a saber: una tan larga como saludable vida, donde podamos tener aquellas cosas que satisfagan nuestras necesidades e incluso más -muy por encima de éstas- y encontrar algo que nos consuele del terrible hachazo de la muerte.

Tantos menesteres ocupan la rutina popular que hasta estas pretensiones se ven minimizadas y condicionadas a los criterios comunes -incluso para el ocioso-, consensuados y aceptados socialmente, en esa desenfrenada carrera en búsqueda de una pretendida felicidad -olvidando el esfuerzo y la responsabilidad necesaria que conlleva el ser titulares de *Razón y Libertad*- y no cifrando, por tanto, su máxima dicha en su libertad sino en sus fines naturales.

Sin embargo, nuestra reflexión desde la filosofía, «sólo puede admitir todos esos deseos a través de prescripciones tomadas de la razón y, permaneciendo adicta al principio de la libertad, se limita a sostener aquello que el hombre debe y puede hacer; vivir honestamente, no cometer injusticias, mostrarse moderado en el goce y paciente en la enfermedad, ateniéndose sobre todo a la espontaneidad de la Naturaleza; para todo esto no se requiere, claro está, una gran sabiduría, pues en gran medida todo se reduce al hecho de que uno refrene sus inclinaciones y confíe la

batuta a su razón, algo que, sin embargo, no le interesa en absoluto al pueblo por representar un esfuerzo personal» (Kant, I., *El conflicto de las Facultades*, Ak. VII 30).

Tal vez por ello, la filosofía sea tan denostada hoy en día, y *sapere aude!* (¡atrévete a saber!), -lema adoptado por la *Ilustración*- constituya un verdadero atrevimiento, siendo el servirse del propio entendimiento de uno, una tarea para la que se requiera verdaderamente tener valor.

En los últimos meses hemos escuchado en diversos ámbitos la afirmación taxativa de que la *Modernidad* y la *Ilustración* están ampliamente superadas, y que los planteamientos de autores como Descartes o el propio Kant, hace tiempo quedaron obsoletos, más aún, pudiendo llegar a ser incluso perniciosos en una genuina y certera búsqueda del conocimiento, pues de alguna forma «contaminaron» nuestro esquema argumental de forma tendenciosa. Lo más curioso del caso posiblemente sea que tales afirmaciones no han sido efectuadas por autores fuertemente influenciados por la *postmodernidad*, sino por coetáneos que gozan de una mayor perspectiva histórica y parecen haber decidido situarse en un más allá del post-modernismo.

Sin pretender entrar aquí en un debate filosófico sobre los logros o fracasos intelectuales de algunos autores y su determinante trascendencia para la historia de la humanidad, perceptible en nuestros días, simplemente me parece apropiado señalar la actividad de aquellos *freethinkers*, *philosophes*, *Aufklärer*... librepensadores, que en una época en la que reinaba el oscurantismo, vieron en la razón el instrumento apropiado para arrojar algo de luz en medio de una generación depravada y corrupta. No es que haya sido la única, pues bien a la vista está que antes y después, la humanidad, en distintas épocas, parece recaer en similares despropósitos, hasta el punto de parecer renegar de su propia dignidad, apostatando *de facto* de la razón y la libertad, en aras hoy en día de «algo mejor» que englobaría y superaría a estos, a saber, algo tan nimio, efímero y epidérmico como el *wellness*, que apaciguaría fisiológicamente en el mejor de los casos el sistema límbico.

Y es que el ejercicio de la razón y la defensa de la libertad requieren de esfuerzo, disciplina, responsabilidad y actividad personal en un mayor grado que el mero ejercicio físico, soliendo acarrear una suerte de problemas a cuya solución uno, una vez iniciado en el proceso, no puede sustraerse, sin antes no enturbiar su facultad de juzgar, generalmente mediante la alienación. Pero no deja de ser curioso el hecho de que encontrándonos hoy en día con personas tan disciplinadas que se levantan a las 5:00 de la mañana para correr, desayunar de forma adecuada conforme a una dieta sana y equilibrada, enfrentar con diligencia la jornada

laboral, e incluso en algunos casos dedicarse al estudio, etc., parezcan carecer de la voluntad apropiada en el ejercicio de su propia razón, dando cabida de rondón -seguramente sin pretenderlo ni advertirlo- a otros elementos en principio contrarios a sus «valores»; imaginemos cómo puede ser en el resto de los casos, ante las apetencias. Ocurre que el individualismo despersonalizante se presenta en nuestra sociedad actual de forma cada vez más sutil y sibilina.

«Pereza y cobardía son las causas merced a las cuales tantos hombres continúan siendo con gusto menores de edad durante toda su vida, pese a que la Naturaleza nos haya liberado hace ya tiempo de una conducción ajena (haciéndoles físicamente adultos); y por eso les haya resultado tan fácil a otros el erigirse en tutores suyos. Es tan cómodo ser menor de edad. Basta con tener un libro que supla mi entendimiento, alguien que vele por mi alma y haga las veces de mi conciencia moral, a un médico que me prescriba la dieta, etc., para que yo no tenga que tomarme tales molestias. No me hace falta pensar, siempre que pueda pagar; otros asumirán por mí tan engorrosa tarea» (Kant, I., *Contestación a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?*, Ak. VIII 35).

*Sapere aude!* Ciertamente, el camino hacia el conocimiento, el servirse del propio entendimiento, no es tarea fácil, pero es universalizable y necesario.

Pero generalmente, como ya decíamos más arriba, las pretensiones del ser humano suelen quedarse en otra esfera, criticando a los pensadores e, incluso, esperando de ellos el relevo de tal actividad.

«Lo que parlotean ustedes, señores filósofos, ya lo sabía yo por mi cuenta desde hace mucho tiempo; lo que a mí me interesa averiguar de vosotros en vuestra condición de sabios es más bien esto: ¿Cómo podría, aun cuando hubiese vivido como un desalmado, procurarme a última hora un billete de ingreso al reino de los cielos?; ¿cómo podría, aun cuando no tuviese razón, ganar mi proceso?; y ¿cómo podría, aun cuando hubiese usado y abusado a mi antojo de mis fuerzas físicas, seguir estando sano y tener una larga vida? Para eso habéis estudiado y deberíais saber más que cualquiera de nosotros (a quienes calificáis de idiotas), cuya única pretensión es la de tener un buen juicio» (Kant, I., *El conflicto de las Facultades*, Ak. VII 30).

Tener la certeza de una larga y saludable vida, el dinero a buen recaudo y apaciguado el temor ante la muerte, parecen ser las máximas aspiraciones, y los pensadores, aparentemente, no dan respuesta a estas cuestiones. Así pues, no es de extrañar, en una sociedad como la nuestra, la proliferación de leguleyos, usureros, nigromantes y taumaturgos, esperando, por otro lado, la actuación omnipresente y paternalista de un

Estado que resuelva o asuma la responsabilidad de todas o al menos parte de sus insatisfacciones.

A este respecto, la intensa *actividad* racional pareciera ser un inconveniente, pues operativamente parece estar justificada la *pasividad*, o un cierto comportamiento no tan reflexivo, en favor del buen funcionamiento de los aparatos estatales. Mas en una sociedad internacional, con elevados índices de interdependencia, donde los Estados han dejado de ser los únicos protagonistas, ante el ascenso de otros sujetos, donde el individuo juega un papel cada vez más importante, parece deseable que esa actitud de «pasividad pragmática» también quede derogada.

«En algunos asuntos encaminados al interés de la comunidad se hace necesario un cierto automatismo, merced al cual ciertos miembros de la comunidad tienen que comportarse pasivamente para verse orientados por el gobierno hacia fines públicos mediante una unanimidad artificial o, cuando menos, para que no perturben la consecución de tales metas. Desde luego aquí no cabe razonar, sino que uno ha de obedecer. Sin embargo, en cuanto esta parte de la maquinaria sea considerada como miembro de una comunidad global e incluso cosmopolita y, por lo tanto, se considere su condición de alguien instruido que se dirige sensatamente a un público mediante sus escritos, entonces resulta obvio que puede razonar sin afectar con ello a esos asuntos en donde se vea parcialmente concernido como miembro pasivo» (Kant, I., *Contestación a la pregunta: ¿Qué es la Ilustración?*, Ak. VIII 37).

Pese a las graves deficiencias que presenta el ámbito educativo en nuestros días, debemos afirmar que tanto los medios como el número de personas que tienen acceso al conocimiento y a algún tipo de educación reglada han aumentado exponencialmente en las últimas décadas. El acceso a un mayor número de información -que no conocimiento- ha hecho posible que el camino hacia el saber sea mejor transitable, pero no por ello carente de dificultades. De hecho, el exceso de información procedente de las más diversas fuentes, ese aumento de la cantidad, suele enturbiar la calidad, siendo determinante, por tanto, la capacidad de juzgar y poseer criterio. Y es que el saber no es la mera acumulación de conocimientos, sino el acceso a alguno de estos, a través del pensar por uno mismo en ejercicio del discernimiento.

Este acto personal e intransferible, deseable para toda persona, posibilita no sólo el acceso a datos, ideas y constructos mentales, sino a la alteridad. Conjugado con los medios socio-tecnológicos y con los fuertes movimientos migratorios que permiten hoy en día el conocimiento en primera persona de la realidad de otro, de otras culturas y formas de entender la realidad, es un perfecto antídoto ante los particularismos y

miedos ante lo extraño y desconocido, que suelen constituir fuente de amenazas, origen del rechazo y la discordia.

«Lo característico de la especie humana, en comparación con la idea de posibles seres racionales en general, es que la Naturaleza ha puesto en ella el germen de la discordia y querido que su propia razón saque de ésta la concordia o, al menos, la constante aproximación a ella, de las cuales la última es en la idea el *fin*, mientras que *de hecho* la primera (la discordia) es en el plan de la Naturaleza el *medio* de una suprema sabiduría para nosotros inescrutable: producir el perfeccionamiento del hombre por medio del progreso de la cultura, aunque sea con más de un sacrificio de las alegrías de la vida» (Kant, I., *Antropología*, Ak. VII 322).

*Sapere aude!* La entrega al perfeccionamiento es una tarea que afecta al hombre en particular como individuo y en general como miembro de una sociedad, ocupando su rol correspondiente en cada una de sus estructuras. Y este perfeccionamiento exige disciplina y esfuerzo desde las edades más tempranas, repercutiendo de forma determinante el ulterior desarrollo, tanto a nivel individual como social; así pues, la educación del niño y la del individuo en la sociedad resultan determinantes en sí mismas y en relación con el progreso de la cultura.

«Si un niño hace en su casa cuanto le viene en gana, se convertirá en un ser despótico, y al topar luego en la sociedad con una resistencia generalizada, a la que no está ni mucho menos acostumbrado, no le será útil a esa sociedad. Los árboles se disciplinan mutuamente en el bosque al buscar el aire que les es necesario para su crecimiento, no junto a los otros, sino por encima de sí, allí donde no encuentran obstáculo alguno, creciendo de ese modo derechos hacia lo alto; por el contrario, un árbol en pleno campo, donde no se ve limitado por ningún otro, crece enteramente atrofiado y luego es demasiado tarde para disciplinarlo. Otro tanto ocurre con el hombre. Si se le disciplina pronto, crecerá derecho con los otros; de no hacerlo a tiempo, será un árbol achaparrado» (Kant, I., *Leciones de ética*, Ak. XXVII 1, 468).

Por tanto, atreverse a pensar por uno mismo es una responsabilidad personal, pero también acarrea una serie de exigencias, en tanto en cuanto la construcción social y del ser humano como especie, convirtiéndose en una vía de doble sentido, que se concreta en cada una de las personas, pero también en cada una de las generaciones que acontecen.

«Hay muchos gérmenes en la humanidad y es tarea nuestra el desplegar proporcionalmente las disposiciones naturales, de manera que el hombre alcance su destino; si bien no son los individuos, sino la especie quien debe alcanzarlo. (...) El género humano debe sacar por sí mismo, por su propio esfuerzo, todas las disposiciones naturales de la

humanidad. Una generación educa a otra. (...) Es probable que la educación vaya mejorándose constantemente y que cada generación dé un paso más hacia la perfección de la humanidad» (Kant, I., *Pedagogía*, Ak. IX 441-445).

Así las cosas, desde *Foro de Educación* hemos considerado más que oportuno dedicar el monográfico de este número a *Razón y Libertad*, reivindicando el ejercicio personal de la actividad de pensar por uno mismo y sus determinantes implicaciones como acabamos de esbozar, tarea que ocupó un plano de especial relevancia en la *Ilustración* y cuya tarea está lejos de poder considerarse acabada. A lo largo de los diversos artículos, así como de los estudios, se realizan viajes que involucran el pensamiento de autores distantes en el espacio y en el tiempo –tales como Comenio, Dewey, Schmitt, Ortega...- pero cercanos en cuanto a sus intentos por colaborar con la tarea del conocimiento y la cultura, intentando arrojar algo de luz en la caverna lúgubre, oscura y tenebrosa de la cobarde ignorancia. Un volumen que aborda la *razón* y la *libertad*, en distintos escenarios, desde disciplinas como la historia, la filosofía, la pedagogía, la política... en un ejercicio que consideramos enriquecedor y que intenta reflejar aquello que desde los inicios de nuestra publicación hemos intentado plasmar en cada número: un foro abierto para el debate que engloba «pensamiento, cultura y sociedad,» bajo la enseña siempre en alto: *Sapere aude!* ¡Atrévete a saber! Ten valor para servirte de tu propio entendimiento.

**Alberto Hernando Garreta**  
**José Luis Hernández Huerta**  
(Coordinadores del monográfico)